



DESTEJER EL ARCOÍRIS

“¿Acaso no vuelan todos los encantos al mero toque de la fría filosofía?”.

TEXTO: ALMUDENA MARTÍN CASTRO

Esta pregunta encabeza algunos de los versos más conocidos que se han escrito sobre ciencia y, por desgracia, no ofrecen una visión halagüeña. En su poema “Lamia” (1820), John Keats acusaba a Newton de “destejer el arcoíris” e inscribirlo en el “insulso catálogo de las cosas comunes”. Creía que explicar la luz era una forma de reduccionismo inaceptable: claridad obtenida a costa de profundidad.

No era el único. Muchos pensadores románticos se rebelaron contra la hegemonía de la razón ilustrada. Acusaban a la ciencia de reduccionismo, de presentar la naturaleza como un objeto inerte y manipulable. Fueron voces como la suya las que contribuyeron a fijar la imagen de la física y las matemáticas como disciplinas frías, ajenas a la estética, vacías de emoción e imaginación.

Pero ¿destruyó realmente Newton la magia del arcoíris?

En 1802, gracias a un prisma mejorado, William Wollaston detectó una serie de líneas negras sobre el espectro del arcoíris, que habían pasado

desapercibidas. Una década más tarde, Joseph von Fraunhofer profundizó en la técnica y catalogó centenares más. Al arcoíris le habían salido grietas, para desconsuelo de John Keats.

Solo en el siglo XX pudimos entender su significado. Estas líneas oscuras son la sombra de los átomos, la huella de fotones absorbidos por la materia en las capas externas de las estrellas. Cada elemento químico absorbe longitudes de onda precisas, dejando su firma en la luz que viaja hasta nosotros. Al analizarlas, no solo encontramos la escalera cuántica de los orbitales atómicos, también accedemos a la composición de los soles más remotos, confirmando que la materia comparte un alfabeto universal.

Así, cuando Newton destejó el arcoíris, encontró el hilo que lo ata a las estrellas. De paso, abrió las puertas a un nuevo universo que no es solo fáctico, sino también narrativo. En él ya no habitan duendes, sino espines, orbitales, entrelazamientos y bosones. Y esto, lejos de ser frío o insulso, resulta profundamente bello, y más conmovedor y misterioso que cualquier truco de magia. **■**

Inspirada en el prisma de Newton, la portada de *The Dark Side of the Moon* (1973), el disco más vendido de Pink Floyd, es obra del colectivo británico Hipgnosis: “El espectáculo de luces de los Floyd era considerado muy poderoso, y el prisma parecía una buena manera de reflejarlo gráficamente”.

LA ILUSIÓN

A simple line drawing of a stick figure running to the right, carrying a briefcase in its left hand. The figure is positioned between the words 'LA' and 'ILUSIÓN'.

DEL

Un relato acróstico
ilustrado por
Luis Paadín según
la inspiración y el
asesoramiento de
Alberto Casas.

TIEMPO

A simple line drawing of a stick figure standing on a platform and looking through a telescope. The figure is positioned between the words 'DEL' and 'TIEMPO'.

Nadie se asombraría si el título de este **artefacto desplegable Impreso** hiciera mención a la obra de poetas, filósofos, artistas o autores de ciencia ficción, incluso si fueran palabras de gurús del alma. Lo que inquieta es que sea la física contemporánea —ahí donde nuestra civilización sitúa la solidez de la razón— la que pone en cuestión su propia existencia: **el tiempo no existe**. Ni pasado, ni presente, ni futuro; son solo alucinaciones propias de nuestra especie. Y esto no es un *Así habló Zaratustra*, es lo que dicen las matemáticas y **las ecuaciones de los más reputados físicos**. Un debate que comenzó con Newton, continuó con Einstein y hoy se adentra en el universo cuántico, donde emergen ideas como la interpretación de los muchos mundos y otras teorías que **sacuden nuestra intuición más profunda sobre la realidad**. Lo que sigue es un recorrido tan gráfico como empírico por los vericuetos del concepto más enigmático del universo.